

Napoleon proyectaba enviar á Savona algunos cardenales y algunos obispos, para persuadir al papa de qué era tiempo ya de entenderse, por lo mucho que los intereses mas sagrados se resentian de tan largas disputas; haciéndole ver ademas que, despues de todo, los dogmas de la religion quedaban intactos; que solo se tocaba al estado temporal del papa; que un papa verdaderamente adicto á la fé no podia comprometer su suerte por meros intereses temporales; que Francia y Europa veian de qué se trataba muy claro; que no se podia desconocer en Napoleon al hombre providencial que, despues de restaurar la abatida Iglesia, no cesaba de protegerla cotidianamente, y de extender su accion ya á la creacion de nuevas parroquias, ya al establecimiento de la influencia religiosa en la educacion; que en sus altercados con el papa nadie descubria una disputa de religion, sino una disputa de Estado; que al querer Napoleon constituir la Italia habia encontrado, como todos los emperadores, á los papas en contra, por lo cual, obrando como político previsor, se hubo de desembarazar en la persona de Pio VII de un soberano temporal, y de ningun modo de un papa; que aparentemente no seria en Francia donde encontrara su ambicion rigidos censores, y que aun donde pudiera encontrarlos, se criticaria al sumo pontífice por sacrificar la fé á su soberania de monarca; que por consiguiente, y antes de que Napoleon se viera quizá conducido á representar el papel de un Enrique VIII, le valdria mas avenirse a ser gefe de la Iglesia en las mismas condiciones que sus predecesores lo habian sido bajo los emperadores de Occidente, á sacrificar su poder temporal ya

perdido por mantener su poder espiritual no amenazado, y á no exponerse con una obstinacion loca á ver segregadas de la comunión romana lo menos las dos terceras partes del territorio de Europa. Tales eran las razones que Napoleon queria hacer llegar al papa, y parecian tanto mas plausibles cuanto que la mayor parte del clero europeo, colocado como todos los hombres, bajo la impresion de lo presente, que opera sobre los ánimos con la misma fuerza que los efectos físicos, las consideraba sostenibles y aun concluyentes. Napoleon eligió á los cardenales Espina y Caselli, á quienes se suponía bien quistos del papa, con el fin de que fueran á visitarle, hablarle y hacerle la primera abertura, si le encontraban bien dispuesto. Si por el contrario, le hallaban inaccesible á las insinuaciones, imaginaba Napoleon apelar á otro arbitrio muy comun en el antiguo imperio de Occidente, el de convocar un concilio y reunir allí á la Iglesia cristiana, cuya casi totalidad tenia bajo su autoridad ó su influencia, y á la cual se liasonjeaba de dirigir á su antojo. Así daria la paz á la Iglesia, como se la habia dado á la Europa, trazando las condiciones de esta paz con la punta de su espada.

Todos estos esfuerzos hacia Napoleon entonces para comunicar mayor actividad á la guerra de España y al bloqueo continental, para obtener por ambos medios la paz marítima, complemento de la paz continental tan deseada, para apaciguar las disputas religiosas, para terminar bajo todos conceptos la organizacion de su vasto imperio, y sentarse por fin, con la corona de Carlo-Magno en la cabeza, sobre el trono del Occidente pacificado.

Su hermano Luis llegó á la capital de Francia cuando le ocupaban trabajos tan diversos y comenzó á agitar la gravísima cuestion de Holanda, que fué en breve para Europa la gota de agua que hace rebosar el vaso. Allí iba el rey Luis con muy malas disposiciones, que no era de esperar se disipasen con nada de cuanto hallara en aquella corte. Este príncipe singular, dotado de distinguido talento, pero mas activo que justo; amante del bien y formándose de él falsa idea; liberal por desvarío y déspota por temperamento; valiente, pero no soldado; sencillo y devorado por el deseo de reinar al mismo tiempo; desconfiado de sí mismo y lleno, sin embargo, del mas irascible amor propio; abrigando en su alma el ardor natural de los Bonapartes, y empleándolo en darse continuo tormento; creyéndose nacido para el infortunio; gozando en suponer que toda su familia estaba conjurada en su daño; confirmado en estas ideas desoladoras por una salud muy intercadente; llamado á reinar en un país que, ni por su cielo ni por su prosperidad de entonces, podia contribuir á distraerle, tarde ó temprano habia de producir un estallido y de ser para el imperio ocasion de las mas fatales revoluciones. Por lo demas, el país de donde era monarca se hallaba en situacion tan aflictiva como la suya, bien que se debe de consignar que eran anteriores á la revolucion francesa, al imperio, al bloqueo continental, las desventuras de la Holanda.

Situados los holandeses entre los confines del mar y la tierra, sobre algunas playas arenosas, de donde alejaron con arte admirable las aguas, haciéndolas producir así ricos pastos, fueron alter-

nativamente pescadores, labradores, ganaderos y comerciantes. Salando el pescado de sus costas y los lacticinios de sus rebaños; yendo á ofrecer por todas partes estos preciados alimentos en sus bageles, pusieron en relaciones con las mas diversas comarcas, y se constituyeron muy pronto en comisionados de todas las naciones, trasmitiendo á unas las producciones de otras, navegando con rumbo al Norte para traer madera, hierro, trigo, cáñamo al Mediodia, y llevarse de aquí vinos, aceites, sedas, paños, y luego que la navegacion abarcó todos los mares, llevando á las Indias las manufacturas de Europa, y trayendo á Europa la especiería de las Indias. De esta suerte figuraron como los primeros navegantes, y á la par como los mas íntegros y mas opulentos negociantes del globo. Valerosos y hábiles en defender su prosperidad por mar y por tierra, republicanos, libres, divididos, elocuentes, pero capaces de contener sus pasiones; amantes de las artes y cultivándolas con originalidad debida á su suelo y á sus costumbres ofrecieron todos los espectáculos, el de la guerra, el de la libertad, el de la civilizacion; y despues de sacudir el yugo de España, de estorbar que la dominacion francesa se extendiera á Europa, de luchar en ascendiente con Luis XIV que los habia humillado, y á quien humillaron á su turno, acabaron por dar como reyes á Inglaterra príncipes de los cuales no se habian dignado hacer mas que estatuderes en su patria.

Pero juventud, gloria, fortuna, poderio, todo pasa, tanto para los pueblos como para los individuos. No podian ser base duradera los pescados salados, ni los quesos, primer orígen del inmenso

tráfico de los holandeses: su principal industria estribaba en llevar á los unos la de los otros, y descubriéndolo Cromwell, les descargó el golpe de muerte, al introducir con su acta de navegacion en el mundo el principio de que nadie debe trasportar á otros puntos mas que lo que por sí mismo produce. Adoptado brevemente este principio donde quiera, los holandeses, que solo se presentaban en los puertos del globo con producciones de otros paises, vieron declinar su prosperidad mercantil muy pronto. Inglaterra les estaba cerrada, y el precio subido de las comisiones en sus puertos hizo pasar á las ciudades de Brema y Hamburgo, menos exigentes y muy bien situadas junto al Weser y el Elba, todo el tráfico de Alemania. Por último durante el siglo XVIII las guerras sostenidas entre Federico el Grande y sus poderosos vecinos, sin que Holanda tuviera que representar papel alguno, demostraron cuanto habia perdido esta nacion en importancia, y que tras de su poder comercial, tambien el político vino por tierra.

Pero, si todo pasa, nada pasa de pronto. Como á los antiguos acaudalados, cuya fortuna no decrece sin dejarles todavia muy ricos, aun quedaban copiosos manantiales de prosperidad á los holandeses. Conservaban numerosas colonias, un gran comercio de géneros ultramarinos, é inmensos capitales por fruto de la economia. Asi, por ejemplo, en azúcares y cafés hacian un comercio particular y de importancia: todo el que deseaba vender estas especies, y no hallaba pronto despacho, tenia seguridad completa de hallar un mercado en los vastos depósitos de Rotterdam y de Amsterdam

donde se les pagaba al contado, y donde se sabia aguardar la hora de la subida de precio para revender con ventaja; de forma que en el mundo entero no habia mayores especuladores de los géneros coloniales. A mayor abundamiento discurrieron elaborar las materias que tenian en tanta copia, y se hicieron habilisimos refinadores de azúcar y preparadores de tabacos. Y por último rebosando de capitales lentamente economizados y muy superiores á su comercio, prestaban á los gobiernos todos, y los empréstitos acabaron por ser su principal industria.

Con estos distintos recursos lograron mantenerse en grande opulencia hasta la época de la revolucion francesa, que les encontró divididos entre un alto estado llano, muy adicto al estatudero y á los ingleses, cuyos usos tenia, lleno contra Francia de preocupaciones que databan de los tiempos de Luis XIV, y un estado llano inferior que aborrecia á los estatuderes, estimaba poco á Inglaterra, y se inclinaba á los franceses, con especialidad desde que sacudieron en 1789 el doble yugo del trono y la Iglesia.

Con todo, el favor de que gozaron los franceses cerca de la democracia holandesa fué de duracion corta, y desvaneciése totalmente cuando les vieron pasar tan pronto de una libertad sanguinaria al despotismo de un soldado, y sobre todo cuando la Holanda vino á estarles sujeta. Casi á la vez se aniquilaron en el pais todas las industrias; con la guerra maritima estuvo la navegacion punto menos que interceptada; no pudiendo ser abastecidos los almacenes de Amsterdam y de Rotterdam mas que por los ingleses, y no quedándoles con ellos otra

comunicacion que la del contrabando, las especulaciones sobre los géneros coloniales y el refinamiento fueron heridas al mismo golpe: daño no menor experimentó el tráfico de su tabaco, desde que el gobierno francés decretó el estanco de este producto para la fabricacion y la venta: á la pesca, ya arruinada por los ingleses, faltó sal para las salazones, desde que hubo que ir á pagar por ella un derecho de navegacion á Londres. Si á pesar de tantas trabas, algunos buques neutrales ó que decian serlo, llevaban á Holanda productos de las colonias holandesas, emboscados los corsarios franceses á la entrada de los pasos del Escalda, del Mosa, del Zuyderzeo, echábanseles encima y privaban al hambriento pueblo de Amsterdam ó de Rotterdam de ganar algunos jornales con el despacho, el transporte y la elaboracion de las escasas mercancías que se podian librar del bloqueo británico. Ultimamente la industria de los empréstitos padeció tambien de resultas de los apuros universales. España habia hecho bancarota: Austria no cubria sino con mucha dificultad los intereses de su deuda: Inglaterra dedicaba á lo propio un papel desacreditado: Prusia pagaba dificilmente: Rusia con puntualidad, pero no sin daño de sus acreedores; y no habia holandés que no perdiera el 50 por 100 de los capitales adelantados á los gobiernos de otros paises.

No menos atrasada la hacienda del Estado que la de los particulares, y atrasada por servicio de Francia, presentaba 410.000,000 de ingresos con relacion á 455 de gastos, en los cuales solamente la deuda figuraba por 80. Para proporcionarse estos 410.000,000, á pesar de ser insuficientes, hu-

bo que recurrir á los impuestos mas duros y vejatorios. Asi estaban abandonados los trabajos de los arsenales, los operarios y los marineros en fuga hácia Inglaterra, los oficiales de marina en la indigencia. Harto se concibe ante semejante estado de cosas cómo se pudieron despertar de repente los antiguos odios, que desde los tiempos de Luis XIV representaban á los franceses como políticos ligeros y veleidosos, católicos intolerantes, marinos desafortunados, cuya alianza no podia exponer mas que á derrotas, vecinos molestos y tan invasores por la tierra como por el mar los ingleses, y merecedores por tanto de igual desconfianza.

No bien llegado á Holanda el rey Luis hizo lo que todos los hermanos de Napoleon recién elevados al trono, quiso reinar por sí y por sus pueblos, y no por Napoleon y la Francia; aplicóse á dar lo menos posible en tropas y naves, y sobre todo á aguantar lo menos que pudiese tantas restricciones mercantiles. Natural era esta conducta, y así es que Murat en Nápoles, Gerónimo en Casseel, José en Madrid, Luis en Amsterdam, decian á Napoleon no sin fundamento: Si nos elevasteis á reyes fué sin duda para que os hagamos honor, para que labremos la ventura de nuestros pueblos, para que fundemos duraderas dinastías, pues de otra suerte os veriais empeñado para sostenernos en guerras sin término y ruinosas. Seguramente (respondia Napoleon en cartas de que reproducimos el sentido y no la amargura) os hice reyes para que reineis en interés de vuestros pueblos, mas tambien para que comprendais el interés de estos pueblos como debe ser comprendido; para que, pues

fuisteis elevados á tanta altura por la sangre de mis soldados, y no por vuestros servicios, seais fieles aliados de Francia y no sus contrarios. *Todo por Francia y para Francia* (les repetía de continuo). Un interés supremo tenéis todos en vencer la dominacion inglesa, porque vos, Murat, perderiais la Sicilia, vos, José, la América, vos, Luis, las Indias, si Francia no triunfara de Inglaterra en esta decisiva lucha. ¡Perderiais ademas la libertad de navegar y el honor de vuestro pabellon! Hay, pues, que entender en el sentido de mi política el interés de vuestros pueblos haciéndoles que se penetren de lo propio: conviene que os populariceis no por vuestra condescendencia á sus debilidades, sino por vuestra economía, sobriedad, aplicacion al trabajo, valor en la guerra, finalmente por vuestras virtudes, y asimismo por vuestros miramientos respecto del partido francés, que es en todos los países el partido de la democracia, y que es menester atraerse en todas partes. Pero ansiosos de rodearos de grandes señores, que detestan á Francia, á los Bonapartes y á mí sobre todo, habeis hecho que se retraiga el único partido que puede amarnos, y gracias á vuestras torpezas, ya nos aborrece como todos los demas partidos; de donde resulta que ninguno de vosotros se podría sostener un dia, ni una hora, si yo perdiera una batalla.

Razon tuviera Napoleon sin duda, á no exigir de los pueblos aliados, confiados á sus hermanos, mas que sacrificios moderados, proporcionados á sus fuerzas, y calculados en interés evidente de la política comun; pero, cuando por su ambicion de monarquia universal los condenaba á eterna guerra, á privacion indefinida de todo comercio, á un

alistamiento de tropas de tierra y de mar de que no tenian costumbre y que dificilmente soportáran para sí propios, á gastos enormes, pedia lo imposible, y teniendo razon contra las flaquezas de sus hermanos, se la daba contra la política á que queria sujetarlos. Dificilísimo es de suyo en todas las épocas y en todos los lugares, alcanzar de los pueblos aliados los esfuerzos necesarios á la causa que les es comun; pero desfigurar esta causa por una ambicion sin freno, imponer sacrificios sin limites, encargar que los exijan reyes extrangeros, desagradables por lo menos cuando no son odiosos, era agravar fuera de toda medida la dificultad ordinaria de las alianzas; convertir las amistades nacionales mas naturales en fogosos odios; prepararse en fin desengaños crueles, de los cuales se iba á ver el triste preludio en las disputas de Napoleon y su hermano Luis á propósito de la Holanda.

De su hermano Luis contaba Napoleon haber recibido los agravios siguientes. Se quejaba de no serle Holanda de utilidad alguna para la guerra maritima ni para la represion del contrabando; de que le prestaba muchos menos servicios bajo el centro de su hermano que bajo la república y el gran pensionario Schimmelpenninck. Recordaba que en esta última época mantenía en Boloña una flotilla de cincuenta lanchas cañoneras y de ciento cincuenta bateles tambien cañoneros, una escuadra de linea en el Texel y un ejército sobre las costas, al par que ahora, no teniendo flota en el Texel, apenas juntaba en el Escalda Oriental setenta bateles cañoneros, y á lo sumo algunos miles de soldados insuficientes para guardar su pro-

pio litoral. Se quejaba de que para el comercio inglés era Holanda un ancho puerto, abierto como en plena paz; de que allí eran recibidos los americanos contra sus órdenes expresas, bajo el falso pretexto de ser neutrales; de que en todas las clases reinaba un espíritu hostil hacia Francia, no mas disimulado que en el mismo Londres; de que a este espíritu se había dado imprudente impulso, favoreciendo al partido aristocrático, enagenándose el liberal, restableciendo la nobleza antigua y creando otra nueva, recargando el tesoro con onerosísimos gastos para la formación de una guardia real, inútil en Holanda, para la creación de mariscales, no mas provechosa, para la institución de dotaciones, nada fundadas en pais donde nadie había alcanzado triunfos.

Apoyándose Napoleon en tales agravios, disimulaba poco el designio que tenia de incorporar la Holanda al imperio, de no darle satisfaccion plena. Con este fin declaraba que no podia quedar satisfecho sino a condicion de que se mantuvieran, ademas de una considerable flotilla en los dos Escaldas, una escuadra de linea en el Texel, y sobre el litoral veinte y cinco mil hombres de tropas de tierra, de que se suprimieran la guardia real, los mariscales, las dotaciones nobiliarias, y que a estas economias se añadiera otra que consideraba indispensable, la reduccion de la deuda a la tercera parte del capital existente, pues siendo esta deuda de 80.000,000 en un presupuesto de 150, imposibilitaba todo servicio público. No paraba aqui todo: exigia ademas que se admitiera un sistema de represion enérgica del contrabando, que para asegurar la accion de los corsarios franceses

se atribuyera a su propio tribunal el juicio sobre presas; que se le entregaran por fin en provecho suyo todos los buques de americanos surtos en los puertos de Holanda. Sin explicarse claramente, añadía Napoleon, que la reciente expedicion de los ingleses a la isla de Walcheren revelaba en el trazado de las fronteras de Francia y Holanda defectos que reclamarian ciertas rectificaciones hacia los dos Escaldas y quizá hacia el Rhin mismo.

A los agravios de su hermano contestaba el rey Luis completamente en algunos puntos, incompletísimamente en otros. Sostenia que su flotilla no era menor que en el tiempo que Napoleon traía a la memoria; que la mayor parte de esta flotilla custodiaba el Escalda Oriental, de vigilancia indispensable para evitar que las tropas francesas estacionadas junto al Escalda Occidental fueran cogidas por la espalda, y que el resto ocupaba los numerosos golfos de Holanda. Relativamente al desarme de la escuadra del Texel no daba respuesta alguna satisfactoria. De ejército de linea pretendia tener mas de los veinte y cinco mil hombres exigidos, pues fuera de los tres mil enviados a España, fuera de muchos miles encerrados en las plazas fuertes, y de muchos otros atacados de las calenturas de Walcheren, le quedaban quince mil soldados, que se empleaban en guardar la inmensa linea de costas extendida desde las bocas del Escalda a las del Ems. Nada alegaba, ni aun siquiera especioso, para justificar el gasto de la guardia real, del nombramiento de mariscales y de algunas otras creaciones de igual clase. En cuanto al restablecimiento de la nobleza antigua y a la creación de la nueva, respondia que,

habiéndose adherido toda la antigua aristocracia á su gobierno, fué deber suyo galardonarla con la devolucion de sus títulos, y que imaginó la nueva para tener algunas hechuras que personalmente le fueran devotas; que las dotaciones otorgadas consumian muy débil parte del erario para que se tomaran en cuenta; que si se habia alejado del llamado partido francés y acercándose al supuesto inglés, consistió simplemente en que trató de contar á la mas considerable porcion del país por suya.

Aun hubiera podido añadir el rey Luis que no hizo mas que imitar lo practicado por sus hermanos en Cassel, Nápoles, Madrid, su tío el cardenal Fesch entre el clero, y Napoleon mismo en Francia. Pero de estas disputas desprendíase evidentemente que lo que Napoleon queria hacer por sí mismo, no pensaba dejar que lo hicieran sus hermanos, porque á la verdad lo hacia mejor, con mas grandeza, en fin, á su modo, y porque al cabo se llamaba leon y queria y podia ser el amo.

Poco importaba que las razones del uno ó el otro hermano fueran buenas ó malas: se trataba de averiguar solo si se obedeceria ó no se obedeceria á la voluntad formalmente expresada por el mas fuerte. Ya se resignaba el rey Luis á otorgar ó por lo menos á prometer, ademas del mantenimiento de la flotilla, el equipo de una escuadra de línea en el Texel, la represion rigorosa del contrabando, la exclusion de los americanos de los puertos holandeses, y volver á mirar á los demócratas bátavos de mejor ojo, salvo siempre el cumplir lo que prometia como pudiera. Mas reducir la deuda á la tercera parte, retirar los decretos ya ejecutados relativamen-

te á la nobleza, recoger los títulos conferidos, revocar los nombramientos de mariscales, abandonar los derechos de la soberanía holandesa hasta el punto de trasladar á Paris el juicio sobre presas, secuestrar, en fin, á los americanos surtos en sus puertos bajo la fé de su autoridad, parecíale con razon una série de humillaciones peores que la muerte. Sin embargo, Napoleon insistia con amenazas terribles, y el infortunado rey de Holanda, propenso á ideas sombrías de suyo, exaltábase poco á poco hasta el extremo de no ver en su hermano mas que á un tirano, en sus deudos á parientes egoistas y postrados de hinojos ante el gefe de su familia, y en su muger á una esposa infiel cómplice de todos los males que tenia encima. Aun le excitaban mas los elogios de los holandeses, que conocian su resistencia, y forjaba en su cabeza acalorada los proyectos mas extremados. A veces pensaba no menos que en levantar el estandarte de la rebelion contra su propio hermano (1), en sumergir á Holanda bajo las aguas rompiendo los diques, y aun en echarse en brazos de los ingleses, sin cuya ayuda toda resistencia á Napoleon hubiera sido evidentemente imposible. Hasta habia convenido secretamente, al salir de su reino, con Mr. de Krayenhoff, ministro de la Guerra, en preparar los medios de resistir á Francia, si en Paris le querian apretar mucho, y habia expedido órdenes á los gobernadores de las plazas fronterizas del Brabante, como Bois-le-Duc, Breda, Berg-op-Zoom,

(1) Lo cuenta él mismo en el tomo III, pág. 156 y 157 de sus *Documentos históricos sobre el gobierno de Holanda*.

para que negaran la entrada á las tropas francesas, si pretendian ocuparlas.

Al llegar á París el rey Luis, no quiso morar ni en casa de la reina su esposa, ni en las Tullerías, ni con ninguno de los miembros de su familia, y manifestó intencion de apearse sencillamente en la casa de la legacion holandesa. No obstante, habiéndosele demostrado que irritaria mas á Napoleon con esta conducta, consintió en que le hospedara su madre, que ocupaba en el arrabal de San German un vasto edificio. Su primer acto no bien llegó fué pedir la separacion de su esposa y reclamar un consejo de familia para resolverla; mas se le trajo á la razon en este punto, y se convino en que vivieran separados los dos consortes, sin el importuno estrépito de un divorcio. Orilladas estas cuestiones de familia, tratóse de los graves asuntos de Holanda.

Toda la familia del rey Luis, su madre, sus hermanas especialmente, ocupadas en aplacar su sombría desconfianza, y en avenirle con Napoleon, cuidaban solícitamente de que estas difíciles cuestiones, que le llamaban á París, no se trataran en derechura entre los dos hermanos. Luis adolecía de tristeza, de agitacion y tenacidad; Napoleon era vivo, imperioso por carácter, y ya tan absoluto por la costumbre de mandar, que no había atrevimiento capaz de resistirle; y así era de temer un escándalo violento en poniéndolos frente á frente. Por tanto se habían dispuesto las cosas de modo que Napoleon viera á su hermano en familia y le hablase poco de negocios, y que todo se tratara entre Mr. Roell, ministro de Estado de Holanda, hombre de luces, excelente patriota aun-

que orangista, y el duque de Cadore (Mr. de Champagny), ministro de Estado de Francia, varon tan afable como prudente.

Un personaje de mucha nota, cuya carrera iban á interrumpir estos sucesos, y cuya habilidad, según lo llevamos ya consignado, se hallaba comprometida de continuo por el prurito de meterse en todo, Mr. de Fouché, ministro de Policía, hallando á la sazón coyuntura de ingerirse en las desavenencias interiores de la familia imperial y en los mas graves asuntos de Estado, frecuentó mucho la mansion de la emperatriz madre para visitar al rey Luis y ser cerca de Napoleon mediador suyo. Pero no tenía grandes probabilidades de ser como tal aceptado, porque desconfiando el rey Luis hasta de los hombres mas dignos de su confianza, no se inclinaba á franquearse con Mr. Fouché; y Napoleon, aunque muy superior á la desconfianza, alentaba poco la actividad oficiosa de un ministro á quien se veía intervenir siempre en cosas para que no se le llamaba.

Sin embargo, el rey Luis por necesidad de un apoyo, y Napoleon por una especie de andar que á menudo produce el desden como el aprecio, acabaron por aceptar este negociador tan obstinado en ofrecerse. Así Mr. Fouché, vino á ser juntamente con Mr. de Champagny el mediador cotidiano en esta negociacion prolija y tratada, ya verbalmente, ya por cartas, aun cuando estaban en París todos los interesados en ella (1).

(1) Estas cartas y especialmente las de Luis y Napoleon son numerosas: se conservan completas, y trazo esta relacion á tenor de su infalible testimonio.



Napoleon fué muy explícito en la expresion de su voluntad como de costumbre, y de seguida manifestó la resolucion de exigir especialmente tres cosas de Holanda; la represion enérgica del contrabando, la cooperacion formal á la guerra marítima y la reduccion de la deuda. Añadió, y esto era alarmante, que abrigaba el convencimiento de que nunca alcanzaria de su hermano estas tres cosas, ni otras de suma importancia; que el rey Luis jamás se atreveria á indisponerse con el comercio holandés, único medio de atajar el contrabando; ni con los capitalistas, único medio de reducir la deuda y de hacer frente á los gastos de la escuadra; que no se mostraria parco en promesas y que, una vez restituido á su reino, volveria á las andadas; que entonces habria que tornar á estas penosas explicaciones para venir á parar á lo mismo tarde ó temprano; que valdria mas echar desde luego por el atajo é incorporar la Holanda á la Francia; que puesto que á su hermano jamás se le caia de la boca lo del aburrimiento del trono y las delicias del retiro, mejor haria en ceder á sus inclinaciones escogiéndolo sin tardanza, ya que el emperador de los franceses era bastante poderoso y rico para proporcionárselo magnífico, opulento y deleitable; que no debia sentir zozobra acerca de la suerte de Holanda, pues administrándola Napoleon, se encargaba de hacer que reviviera, de sacarla totalmente armada y empavesada de sus aguas lánguidas ahora, de darla una existencia totalmente nueva afiliándola á Francia, y de asegurarla asi un papel glorioso durante la guerra, inmensamente próspero durante la paz; que por todas estas razones era preferible tratar, sin levantar mano, de la

incorporacion misma, única solucion sencilla, grave y no expuesta á penosos rodeos.

Trasmitida al rey Luis la expresion firme y serena de esta voluntad, abismóle en consternacion verdadera. Aun cuando repitiera sin cesar que estaba cansado de trono y que solo queria bajar sus gradas honrosamente, es la verdad que deseaba con ardor conservarlo, no solo por la ambicion naturalísima de reinar, sino tambien por un sentimiento de amor propio muy natural asimismo, el no dejarlo á semejanza de un prefecto destituido, despues de calificada su insuficiencia y su deslealtad á Francia. Teniéndose siempre por un ser sacrificado, él único infeliz en el seno de la familia mas dichosa del universo, veia en este proyecto de destronarle el horroroso complemento de su destino, veia sobre todo una condenacion ignominiosa pronunciada por su propio hermano, juez á quien el mundo creeria tan recto como bien informado. Esta humillacion le parecia insoportable, y no habia extremidad que no se hallara dispuesto á arrostrar antes que sufrirla.

Así, deplorando desde el primer momento su venida á Paris para caer en una especie de lazo, queria volver á partir súbito para Holanda, y declarar allí la guerra á su hermano, llamando á los inglesés en su ayuda. Pero creíase muy vigilado, mucho mas que lo estaba realmente, y desesperaba de poder llegar á las fronteras del imperio sin dar en manos de su hermano irritado, á quien su fuga daria luz sobre sus proyectos de resistencia. De resultas variaron sus ideas de rumbo, y echándose á los pies de Napoleon en cierto modo, declaróse dispuesto á hacer cuanto le exigiera, á ceder